

países en que podía ser admitido el sistema de las dos asambleas deliberantes,—repuso el juez de paz.—Por lo menos debieran combatirse los inconvenientes de nuestro carácter por medio de las admirables restricciones con que se propuso modificarlo la experiencia de Napoleón. Este sistema aun puede pasar en un país cuya acción está circunscrita por la naturaleza del suelo, como Inglaterra; pero el derecho de primogenitura, aplicado á la transmisión del terreno, es siempre necesario, y cuando este derecho se suprime, el sistema representativo se convierte en una locura. Inglaterra debe su existencia á la ley casi feudal que concede las tierras y las habitaciones de la familia á los primogénitos. En Rusia se fundan en el derecho feudal de la aristocracia. Así es que estas dos naciones están hoy en una vía de progreso asombroso. Austria no puede resistir á nuestras invasiones ni reanudar la guerra contra Napoleón, á no ser en virtud de ese derecho de primogenitura que conserva palpitantes las fuerzas de la familia y que mantiene las grandes producciones necesarias al Estado. La casa Borbón, sintiéndose relegada á causa del liberalismo, quiso mantenerse en su puesto, y el país la derribó en el momento en que salvaba al país. No sé adónde iremos á parar con el sistema actual.

—¡Viene la guerra, y Francia se verá sin caballos como Napoleón en 1813, el cual, reducido únicamente á los recursos de Francia, no pudo aprovecharse de las dos victorias de Lutzen y Bautzen, y se vió aplastado en Leipsick!—exclamó Grossetete.—Si la paz se mantiene, el mal irá creciendo; dentro de veinticinco años, las razas bovina y caballar de Francia quedarán reducidas á la mitad.

—El señor Grossetete tiene razón,—dijo Gerard.—Por eso la obra que usted intenta aquí, señora,—repuso dirigiéndose á Verónica,—es un servicio prestado al país.

—Sí,—dijo el juez de paz,—porque la señora no tiene más que un hijo. ¿Se perpetuará esta herencia? Durante un cierto espacio de tiempo es de esperar que la grande y magnífica cultura que establecerá usted, mientras pertenezca á un solo propietario, continuará produciendo ganado vacuno y caballar. Pero, á pesar de todo, llegará un día en que los bosques y las praderas se repar-

tirán ó se venderán por lotes. De reparto en reparto, las seis mil fanegas de su llanura tendrán mil ó mil doscientos propietarios, y entonces, se acabó la producción del ganado vacuno y caballar.

—¡Oh! de aquí allá ¿quién se preocupa?—dijo el alcalde.

—Ahí tienen ustedes al alcalde cogido en el renuncio de que hablaba hace un instante el señor Clousier, pues acaba de pronunciar el fatal *¿á mi qué me importa?*—exclamó Grossetete.

—Pero, señor mío,—repuso el banquero con tono grave, dirigiéndose al alcalde estupefacto,—¡si ese tiempo ha llegado ya! En un radio de diez leguas en torno de París, los campos, divididos hasta el infinito, apenas dan lo suficiente para alimentar á las vacas de leche. El ayuntamiento de Argenteuil cuenta treinta y ocho mil ochocientos ochenta y cinco parcelas de terreno, algunas de las cuales apenas dan quince céntimos de renta. Sin los cuantiosos piensos de París, que permiten obtener alimentos de calidad superior, no sé cómo se las arreglarían los ganaderos. Así y todo, con estos alimentos y la permanencia continua en el establo, muere mucho ganado de enfermedades inflamatorias. Las vacas se estropean en los alrededores de París, como los caballos en la calle. Cultivos más productivos que la hierba, como el de las hortalizas, las frutas y la vid, harán desaparecer las praderas. Dentro de algunos años se llevará la leche en coche á París, como se lleva el pescado. Lo mismo que ocurre en París, sucede en los alrededores de todas las grandes ciudades. El mal de esta división excesiva de propiedades se extiende en derredor de cien ciudades de Francia, y llegará día en que la devorará por completo. Según Chaptal, en 1800 apenas se contaban dos millones de hectáreas en viñedos, y si se hiciese hoy una estadística exacta, encontraríamos lo menos diez. Dividida hasta el infinito á causa de nuestro sistema de sucesiones, Normandía perderá la mitad de su producción caballar y bovina; pero tendrá el monopolio de la leche en París, pues felizmente su clima se opone al cultivo de la vid. También será un fenómeno curioso la elevación progresiva del precio de la carne. En 1850, dentro de veinte años, París, que pagaba la

carne de treinta cinco á cincuenta y cinco céntimos la libra en 1814, la pagará á franco, á menos que no surja un hombre de genio que sepa ejecutar el pensamiento de Carlos X.

—Ha puesto usted el dedo en la gran llaga de Francia, —repuso el juez de paz.—La causa del mal estriba en el capítulo de *Sucesiones* del Código civil, que ordena el reparto por igual de los bienes. Ese es el mortero que desmenuza el territorio, que individualiza las fortunas quitándoles una estabilidad necesaria, y que acabará por matar á Francia. La Revolución francesa ha derramado un virus destructivo, al que acaban de comunicar nueva estabilidad las jornadas de julio. Este principio morboso es la accesión del aldeano á la propiedad. Si el capítulo de las *Sucesiones* es el principio del mal, el aldeano es el medio. El aldeano no devuelve nada de lo que ha conquistado. Una vez que ha cogido entre sus garras, siempre abiertas, un pedazo de tierra, la subdivide hasta reducirla á parcelas de tres surcos. ¡Y aun aquí no se detiene! Aun divide los tres surcos en su longitud, como acaba de probárnoslo el señor con el ejemplo del ayuntamiento de Argenteuil. El insensato valor que el aldeano atribuye á las menores parcelas hace imposible la recomposición de la propiedad. En primer lugar, los procedimientos y el derecho quedan anulados con esta división, y la propiedad pasa á ser un contrasentido. Pero el ver expirar el poder del fisco y de la ley ante porciones de tierra que hacen imposible sus disposiciones más sabias, no es nada; aun hay males mayores. Propietarios existen que sólo cobran de quince á veinticinco céntimos de renta. El señor, —dijo señalando á Grossetete, —acaba de hablarnos de la disminución de las razas bovina y caballar, disminución á la que contribuye también mucho el sistema legal. El aldeano propietario no tiene más que vacas, de las que saca su alimento, vende las terneras, vende la manteca, sin cuidarse de criar bueyes ni caballos; pero como no recoge nunca cantidad bastante de hierba para aguantar un año de sequía, se ve precisado á enviar la vaca al mercado cuando no puede alimentarla. Si, por una fatal casualidad, faltase la hierba dos años consecutivos, al tercero, ya verán ustedes qué extraños cambios sufre en

Paris el precio del buey y, sobre todo, el de la ternera.

—¿Cómo se arreglarán entonces para dar banquetes patrióticos?—dijo sonriendo el médico.

—¡Oh! ¿Ni aun aquí puede pasar la política sin esos festines?—exclamó la señora Graslin mirando á Roubaud.

—La burguesía, —repuso Clousier, —desempeña en esta horrible obra el mismo papel que los peones de América. Compra las tierras en que el aldeano no puede trabajar y se las divide; después de haberlas laborado y dividido, vuelven á parar al aldeano vendidas en subasta ó en lotes. Hoy todo se resume en cifras. Yo no conozco ningunas que sean más elocuentes que estas: Francia tiene cuarenta y nueve millones de hectáreas que sería conveniente reducir á cuarenta; hay que deducir de ellas los caminos, las carreteras, las dunas, los canales y los terrenos infértiles, incultos ó abandonados por los capitales, como la llanura de Montegnac. Ahora bien, de cuarenta millones de hectáreas para treinta y dos millones de habitantes, se encuentra ciento veinticinco millones de parcelas en el registro general de propiedad territorial. He despreciado las fracciones. ¡De modo que estamos fuera de la ley agraria, y abocados á la miseria ó á la discordia! Los que desmenuzan el territorio y aminoran la producción gritarán después que la verdadera justicia social consistiría en dar á cada uno el usufructo de sus tierras. ¡Dirán que la propiedad perpetua es un robo! Los sansimonianos han empezado ya á hacerlo.

—El magistrado ha hablado, y he aquí lo que el banquero tiene que añadir á sus importantes consideraciones, —dijo Grossetete.—La propiedad, puesta al alcance del aldeano y del pequeño propietario, causa á Francia un daño inmenso que ni siquiera sospecha el gobierno. Abstracción hecha de los indigentes, se puede calcular en tres millones de familias la masa de los aldeanos. Estas familias viven de salarios. El salario se paga en dinero en lugar de pagarse en especies...

—Esa es otra falta inmensa de nuestras leyes, —dijo Clousier interrumpiéndole.—La facultad de pagar en especies podía haberse ordenado en 1790; pero hoy, proclamar semejante ley, sería provocar una revolución.

—Por eso el proletario procura adquirir dinero,—repuso Grossetete.—El aldeano no tiene más pasión, más deseo, más voluntad, ni más punto de mira que el morir siendo propietario. Ese deseo, como ha dicho muy bien el señor Clousier, ha nacido de la Revolución y es el resultado de la venta de los bienes nacionales. Sería preciso no tener idea alguna de lo que ocurre en el interior de los campos, para no admitir, como un hecho constante, que estos tres millones de familias entierran cincuenta francos anuales cada una y sustraen de este modo ciento cincuenta millones de la circulación. La ciencia de la economía política tiene como axiomático que una moneda de cinco francos que pasa por cien manos durante un día equivale de una manera absoluta á quinientos francos. Pero, para nosotros los que observamos el estado de los campos, es indudable que el aldeano no coloca nunca su capital hasta que logra adquirir la tierra escogida por él, que acecha y espera pacientemente. Las adquisiciones hechas por los aldeanos deben calcularse por periodos de siete años, durante los cuales retienen inertes una suma de mil cien millones de francos. Pero como los pequeños propietarios hacen lo mismo, Francia pierde los intereses de unos dos mil millones, ó sea cien millones cada siete años ó seiscientos millones en cuarenta y dos años. Pero no pierde solamente seiscientos millones, sino que deja de crear seiscientos millones de producciones industriales ó agrícolas, que representan una pérdida de mil doscientos millones, pues si los productos industriales no adquiriesen un valor doble al que ha costado en dinero, el comercio no existiría ¡El proletariado se priva á sí mismo de salario por valor de seiscientos millones! Estos seiscientos millones de pérdida, que para un severo economista representan, teniendo en cuenta los beneficios que se pierden por falta de circulación, una pérdida de mil doscientos millones, explican el estado de inferioridad en que se encuentran nuestro comercio, nuestra marina y nuestra agricultura, comparados con los de Inglaterra. A pesar de la diferencia que existe entre los dos territorios, que es de más de dos tercios en nuestro favor, Inglaterra podría poner en pie de guerra una caballería doble que la de nuestro ejér-

cito, y no por eso dejaría de haber carne para todo el mundo. Pero también hay que tener en cuenta que en este país la adquisición de la propiedad se hace casi imposible para las clases inferiores, y, por lo tanto, no existe ni un escudo que deje de ser empleado en el comercio ó en la industria. Además de la llaga producida por la división del terreno, la de la disminución de la raza bovina y caballar, el capítulo de *Sucesiones* equivale á seiscientos millones de intereses perdidos por la retención de los capitales del aldeano y del burgués, mil seiscientos millones de menos en producción, ó sea tres mil millones de menos en la circulación cada medio siglo.

—¡El efecto moral es peor aún que el efecto material! —exclamó el cura.—Fabricamos propietarios que eran mendigos, y el *cada uno para sí y el cada uno en su casa* que imperó en las clases elevadas en el mes de julio actual, no tardará en gangrenar las clases medias. Un proletariado desprovisto de sentimientos, sin más Dios que la envidia, sin más fanatismo que la desesperación del hambre, sin fe ni creencias, avanzará y pondrá el pie sobre el corazón del país. El extranjero, engrandecido bajo la ley monárquica, encontrará nuestro reinado sin rey, nuestra legalidad sin leyes, nuestra propiedad sin propietarios, nuestro sistema electivo sin gobierno, nuestro libre albedrio sin fuerza y nuestra igualdad sin la dicha que de ella se espera. Confíemos en que de aquí allá ha de dar Dios á Francia algún hombre providencial, uno de esos seres elegidos que cambian la faz de las naciones y que rehacen la sociedad, ya sea un Mario, ya sea un Sila, ya surja de abajo ó ya surja de arriba.

—Si tal ocurriera, es seguro que empezarian por enviarlo á la audiencia ó á la cárcel,—respondió Gerard.—El espíritu que condenó á Sócrates y á Jesús imperaría en 1831, cómo imperó en otro tiempo en Jerusalén y en el Ática. Hoy, como siempre, las celosas medianías dejan morir de miseria á los pensadores, á los grandes médicos políticos que han estudiado las llagas de Francia y que se oponen al espíritu de su siglo. Si resisten á la miseria, los ridiculizamos y los tachamos de chiflados. En Francia se revolucionan, en el orden moral,

contra el gran hombre del porvenir, como hacen en el orden político contra el soberano.

—En otro tiempo, los sofistas hablaban á un corto número de hombres, hoy la prensa periódica les permite extraviar á toda una nación,—exclamó el juez de paz.—¡Y la prensa que lucha por el bien no encuentra eco!

El alcalde miraba al señor Clousier con profundo asombro. La señora Graslin, contenta al encontrar en un sencillo juez de paz un hombre ocupado en cuestiones tan graves, dijo al señor Roubaud que estaba á su lado:

—¿Conocía usted al señor Clousier?

—No, hoy es la primera vez que he hablado con él. Señora, hace usted milagros,—le dijo el médico al oído.—Sin embargo, vea usted qué frente tan bien conformada tiene. ¿No se parece á la frente clásica ó tradicional que atribuyen los estatuarios á Licurgo y á los sabios de Grecia? Es indudable que la revolución de julio tiene un carácter antipolítico,—dijo en voz alta después de haberse hecho cargo de los argumentos expuestos por Grossetete, aquel antiguo estudiante que acaso hubiese ayudado entonces á hacer una barricada.

—Ese carácter es triple,—dijo Clousier.—Lo ha comprendido usted bajo el punto de vista del derecho y de la economía; pero ahora se lo voy á exponer bajo el punto de vista político. El poder real, debilitado por el dogma de la soberanía nacional en virtud del cual acababa de hacerse la elección del 9 de agosto de 1830, procurará combatir á ese príncipe rival, que dejará al pueblo el derecho de darse una nueva dinastía siempre que deje de adivinar el pensamiento de su rey; y tendremos una lucha interior que indudablemente ha de detener aun durante mucho tiempo la marcha del progreso en Francia.

—Todos esos escollos han sido evitados sabiamente por Inglaterra,—repuso Gerard;—yo he ido allí, y admiro aquella colmena que da ejemplo al mundo y lo civiliza, en donde la discusión es una colmena política destinada á satisfacer al pueblo y á ocultar la acción del poder, que se mueve libremente en su alta esfera, y en donde la elección no está en manos de la estúpida burguesía como lo está en Francia. Con la división de

la propiedad, Inglaterra no existiría ya. La alta propiedad, los lores, dirigen allí el mecanismo social. Su marina se apodera de porciones enteras del globo para satisfacer las exigencias de su comercio y arrojar allí á los desgraciados y á los descontentos. En lugar de hacer la guerra á los hombres de talento y de anularlos, la aristocracia inglesa los busca, los recompensa y procura atraérselos. En Inglaterra la acción del gobierno siempre es rápida, lo mismo para elegir los hombres que las cosas; mientras que en nosotros todo es lento; y ¡cosa rara! ellos tienen un temperamento sosegado y nosotros somos impacientes. Ellos son atrevidos y saben arriesgar su dinero, mientras que nosotros somos tímidos y desconfiados. Lo que el señor Grossetete ha dicho de las pérdidas industriales que el aldeano causa á Francia, está probado evidentemente con el siguiente detalle: El capital inglés, puesto en continuo movimiento, ha creado diez mil millones de valores industriales y de acciones que producen renta, mientras que el capital francés, que es superior, no ha creado ni la décima parte.

—Y eso es tanto más extraordinario—dijo Roubaud,—por cuanto que ellos son linfáticos y nosotros somos generalmente sanguíneos ó nerviosos.

—He ahí un gran problema pendiente de resolución,—dijo Clousier.—Procurar á los pueblos instituciones propias para reprimir su temperamento. Indudablemente Cromwell fué un gran legislador. El solo formó la Inglaterra actual, impulsando la *navegación*, que ha hecho á los ingleses enemigos de las demás naciones y que les ha inculcado un feroz orgullo, que es su punto de apoyo. Pero á pesar de su ciudadela de Malta, si Francia y Rusia llegan á comprender el papel del mar Negro y del Mediterráneo, llegará día en que el camino de Asia por Egipto ó por el Eufrates, regularizado por medio de nuevos descubrimientos, matará á Inglaterra, como el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza mató en otro tiempo á Venecia.

—Vamos á ver,—exclamó el cura,—los señores Clousier y Roubaud son indiferentes en materia de religión. ¿Y el señor?—dijo señalando á Gerard.

—Protestante,—respondió Grossetete.

—Lo había usted adivinado, — exclamó Verónica mirando al cura, al mismo tiempo que daba la mano á Clousier para retirarse á sus habitaciones.

Las prevenciones que el exterior de Gerard hacían concebir contra él, quedaron muy pronto disipadas, y los tres notables de Montegnac se felicitaron por semejante adquisición.

—Desgraciadamente, — dijo el señor Bonnet, — existe entre Rusia y los países católicos bañados por el Mediterráneo una causa de antagonismo, causa que estriba en el cisma de poca importancia que separa la religión griega de la latina, y que es una gran desgracia para el porvenir de la humanidad.

—Cada cual se preocupa por lo suyo, — dijo sonriéndose la señora Graslin; — el señor Grossetete piensa en los millones perdidos, el señor Clousier en el derecho, el médico ve en la legislación una cuestión de temperamentos, y el señor cura ve en la religión un obstáculo para que Francia y Rusia lleguen á entenderse.

—Añada usted, señora, — dijo Gerard, — que yo veo en la retención del capital, por parte del pequeño propietario y del aldeano, el aplazamiento de la ejecución de los caminos de hierro en Francia.

—¿Qué quería usted, pues? — preguntó ella.

—¡Oh! los admirables consejeros de Estado que, en tiempo del emperador, meditaban las leyes, y aquel Cuerpo legislativo elegido por los hombres instruidos y por los propietarios del país, y cuyo único papel era oponerse á las leyes malas y á las guerras de capricho. Tal como está constituida hoy, ya verá usted como la cámara de diputados llegará á gobernar y quedará de este modo constituida la anarquía legal.

—¡Dios mío! — exclamó el cura en un acceso de patriotismo sagrado señalando á Clousier, á Roubaud y á Gerard, — ¿cómo será que talentos tan claros como estos vean el mal, indiquen su remedio y no empiecen por aplicárselo á sí propios? Usted que representa las clases atacadas, reconoce la necesidad de la obediencia pasiva de las masas al Estado, quiere la unidad del poder, y desea que éste no se discuta nunca. Lo que Inglaterra obtuvo desarrollando el orgullo y el interés humano, que son una creencia, no puede obtenerse aquí

á no ser observando el catolicismo, y sin embargo, no es usted católico. Yo, sacerdote, dejo por un momento mis hábitos y voy á discutirlo. ¿Cómo quiere usted que las masas se hagan religiosas y obedezcan, si ven la irreligión y la indisciplina en las clases superiores? Los pueblos, unidos por una fe cualquiera, serán siempre superiores á los hombres sin creencias. La ley del interés general, que engendra el patriotismo, queda destruida por la ley del interés particular, que autoriza y engendra el egoísmo. Sólo lo natural es sólido y duradero, y lo natural en política es la familia. La familia debe ser el punto de partida de todas las instituciones. Un efecto universal demuestra una causa universal; y lo que usted ha señalado, en todas partes proviene de haber tomado el libre albedrío por base, cuando el libre albedrío es el padre del individualismo. Hacer depender la dicha de la seguridad, de la inteligencia y de la capacidad de todos no es tan prudente como hacerla depender de la seguridad, de la inteligencia de las instituciones y de la capacidad de uno solo. Es más fácil encontrar sabiduría en un hombre solo, que en toda la nación. Los pueblos tienen corazón, pero no tienen ojos; sienten, pero no ven. Los gobiernos deben ver y no guiarse nunca por sentimientos. Existe, pues, una primera contradicción entre los primeros movimientos de las masas y la acción del poder que tiene que determinar su fuerza y su unidad. Encontrar un gran principio es efecto de la casualidad; pero fiarse de una asamblea cualquiera, aunque esté compuesta por hombres honrados, es una locura. ¡Francia está loca en este momento! ¡Ay de mí! ustedes están tan convencidos de ello como yo. Si todos los hombres de buena fe como ustedes diesen ejemplo en torno suyo, si todas las manos inteligentes realzasen los altares de la gran república de las almas, de la única Iglesia que ha puesto á la humanidad en buen camino, podríamos volver á ver que se repetían en Francia los milagros llevados á cabo por nuestros antepasados.

—¿Qué quiere usted, señor cura? — dijo Gerard, — si he de hablarle como en el confesionario, le diré que considero la fe como una mentira con que uno procura engañarse á sí propio; la esperanza como otra mentira

para halagar el porvenir, y vuestra caridad como una astucia semejante á la del niño, que procura no hacer travesuras para que le den dulces.

—Sin embargo, caballero, ¿se duerme tan bien mecido por la esperanza!—dijo la señora Graslin.

Esta palabra detuvo á Roubaud que iba á hablar, y fué apoyada con una mirada de Grossetete y del cura.

—Nuestra es la falta,—dijo Clouster,—si Jesucristo no tuvo tiempo para formular un gobierno conforme con su moral, como hicieron Moisés y Confucio, los dos legisladores más grandes de la humanidad; pues los judíos existen formando nación, á pesar de que aquéllos se encuentran aislados.

—¡Ah! ¡trabajo me van ustedes á dar!—exclamó sencillamente el cura.—Pero triunfaré, los convertiré á todos... ¡Están ustedes más cerca de la fe de lo que creen! Detrás de la mentira está la verdad; avanzad un paso y volveos.

Después de estas palabras del cura la conversación cambió.

Al día siguiente, antes de marchar Grossetete, prometió á Verónica asociarse á sus planes tan pronto como su realización se juzgase posible; la señora Graslin y Gerard le acompañaron á caballo hasta el punto de encuentro de la carretera de Montegnac y la de Burdeos á Lyon. Estaba tan impaciente el ingeniero por reconocer el terreno y tan deseosa Verónica por enseñárselo, que la víspera habían proyectado aquella excursión. Después de haber dicho adiós al buen anciano, tomaron por la vasta llanura y costearon la falda de la cordillera de montañas, desde la cuesta que conducía al castillo, hasta el pico de Roca-Viva. El ingeniero reconoció entonces la existencia de la garganta señalada por Farrabesche. De modo que dirigiendo las aguas de manera que no fuesen á parar á aquel canal indestructible que la naturaleza había formado, el aprovechamiento de las aguas para el riego podía tener lugar. La primera operación y la única decisiva era calcular la cantidad de agua que desembocaba en el Gabou, y asegurarse de si los flancos de aquel valle la dejarían escapar.

Verónica dió un caballo á Farrabesche para que

acompañase al ingeniero y le diese cuenta de sus observaciones. Después de algunos días de estudios, Gerard vino en conocimiento de que la base de las dos cordilleras paralelas, aunque de composición diferente, era bastante sólida para retener las aguas. Durante el mes de enero del año siguiente, que fué muy lluvioso, calculó la cantidad de agua que desembocaba en el Gabou. Esta cantidad, añadida á tres manantiales más que existían, daba un caudal de agua suficiente para regar un territorio tres veces mayor que la llanura de Montegnac. La calzada del Gabou y los trabajos y obras necesarios para dirigir las aguas no costarían más de sesenta mil francos, pues el ingeniero había descubierto muy cerca un terreno calcáreo que contribuiría á que la cal saliese muy barata; el bosque que estaba próximo, y, por lo tanto, la piedra y la madera no costaban nada ni exigían transportes. Mientras esperaban la estación en que el Gabou estuviese seco, única época propicia para estos trabajos, podían acumularse los materiales y hacer preparativos necesarios para que la construcción fuese con la mayor rapidez posible. Pero, según Gerard, la preparación de la llanura para el cultivo costaría lo menos doscientos mil francos, sin contar la siembra ni las plantaciones. La llanura había de dividirse en compartimentos cuadrados de doscientas fanegas cada uno, y la tierra no había de quedar completamente depurada, pero sí desprovista de las piedras y guijarros grandes. Era necesario hacer un gran número de fosos y empedrarlos, á fin de que no se perdiese el agua. Esta empresa exigía el concurso de los brazos activos de trabajadores concienzudos. La casualidad hacía que el terreno no presentase obstáculos; las aguas, que caerían de una altura de diez pies, podrían ser distribuidas á placer; todo anunciaba que habían de obtenerse allí excelentes resultados agrícolas, y que aquel ingrato terreno ofrecería el espectáculo que ofrece Lombardia, cuyo orgullo son sus verdes praderas. Gerard hizo venir del país en donde había ejercido sus funciones á un viejo sobrestante muy experto, llamado Fresquin.

La señora Graslin escribió á Grossetete para que le negociase un préstamo de doscientos cincuenta mil fran-

cos, garantizado con sus rentas, que, abandonadas durante seis años, bastarían, según el cálculo de Gerard, para pagar los intereses y el capital. Este préstamo quedó terminado en todo el mes de marzo. Los proyectos de Gerard, ayudado por Fresquin, quedaron completamente terminados, lo mismo que los nivelamientos, las sondaduras, las observaciones y los cálculos. La noticia de aquella vasta empresa, extendida por toda la comarca, estimuló á la gente pobre. El infatigable Farrabesche, Colorat, Clousier, el alcalde de Montegnac, Roubaud, todos los que se interesaban por el país ó por la señora Graslin, escogieron trabajadores y recomendaron á los indigentes que merecían ser ocupados. Gerard compró por su cuenta y por la del señor Grossetete un millar de fanegas al otro lado de la carretera de Montegnac. Fresquin, el sobrestante, compró también quinientas fanegas y trasladó su mujer y sus hijos á Montegnac.

En los primeros días del mes de abril de 1833, el señor Grossetete fué á ver los terrenos comprados por Gerard; pero su viaje á Montegnac fué motivado principalmente por la llegada de Paris de Catalina Curieux, que era esperada con impaciencia por la señora Graslin. En el momento en que llegó el banquero, encontró á la señora Graslin dispuesta para ir á la iglesia. El señor Bonnet tenía que decir una misa para atraer las bendiciones del cielo sobre los trabajos que iban á empezar. Todos los trabajadores, las mujeres y los niños asistían á ella.

—Aquí tiene usted á su protegida,—dijo el anciano presentando á Verónica una mujer de unos treinta años, doliente y débil.

—¿Es usted Catalina Curieux?—le dijo la señora Graslin.

—Sí, señora.

Verónica contempló á Catalina un momento. Bastante alta, bien formada y blanca, aquella muchacha tenía rasgos de excesiva afabilidad, que no desmentían sus ojos. El corte de la cara y de la frente reflejaba una nobleza augusta y sencilla á la par, como la que se encuentra á veces en algunas campesinas, especie de flor de belleza que destruyen con asombrosa rapidez los trabajos del campo, los cuidados continuos del hogar, el sol y

la falta de cuidados. Su actitud anunciaba aquella desenvoltura de movimientos que caracteriza á las aldeanas cuando han estado algún tiempo en Paris. Si hubiese seguido viviendo en Correze, es indudable que Catalina estaría arrugada, marchita, y sus colores serían ahora fuertes y vastos; pero Paris, palideciéndola, había conservado su belleza; la enfermedad, las fatigas, los pesares, la habían dotado de los dones misteriosos de la melancolía, de ese pensamiento íntimo de que carecen los pobres aldeanos, acostumbrados á una vida casi animal. Su peinado, lleno de ese gusto parisiense que hasta las mujeres menos coquetas adquieren muy pronto en Paris, la distinguía aun de las aldeanas. Como ignoraba su suerte y era incapaz de juzgar de pronto á la señora Graslin, se mostraba bastante vergonzosa.

—¿Sigue usted amando á Farrabesche?—le preguntó Verónica, á la que Grossetete había dejado sola un instante.

—Sí, señora,—respondió Catalina poniéndose encarnada.

—Y habiéndole remitido mil francos durante el tiempo que duró su prisión, ¿por qué no fué usted á esperarle al acabar ésta? ¿Sentía usted repugnancia por él? Hábleme como si fuese su madre. ¿Tomía que se hubiese viciado por completo y que no la amase ya?

—No, señora; pero no sabía leer ni escribir, y como cayó enferma una señora vieja á quien yo servía, tuve que velarla. Aunque yo calculaba que se acercaba el momento en que Jaime recobraría su libertad, no podía salir de Paris hasta después de la muerte de aquella señora, que no me ha dejado nada, á pesar de lo mucho que me sacrificué por sus intereses y por su persona. Antes de volver, quise curarme de una enfermedad adquirida por falta de sueño y por los malos ratos que pasé. Después de gastar mis economías, tuve que resolverme á entrar en el hospital de San Luis, de donde salgo curada.

—Bien, hija mía,—dijo la señora Graslin, emocionada con aquella sencilla explicación;—pero dígame usted ahora por qué abandonó bruscamente á sus padres, por qué dejó á su hijo, por qué no dió noticias suyas ó mandó escribir...

Por toda respuesta, Catalina lloró.

—Señora,—dijo, tranquilizada con un apretón de manos de Verónica,—no sé si habré hecho mal, pero el hecho de permanecer en el país era superior á mis fuerzas. No dudaba de mí, sino de los otros, y temí la crítica y la calumnia. Mientras Jaime corría peligro, le era necesaria; pero una vez preso, me sentí sin fuerzas: ¡ser soltera y tener un hijo! La criatura más perversa valía más que yo. No sé lo que hubiese sido de mí si hubiese oído decir la más mínima palabra de Benjamín ó de mi padre: me hubiese matado, me hubiese vuelto loco. Mi padre ó mi madre, en un momento de cólera, podían hacerme algún reproche, y aunque mi carácter es afable, tengo el genio demasiado vivo para soportar una afrenta ó una injuria. Mi castigo ha sido grande, pues no he podido ver á mi hijo, cuando no ha pasado día que no pensase en él. Quise ser olvidada, y lo conseguí. Nadie pensó en mí. Me han creído muerta, y, sin embargo, he estado muchas veces por venir aquí á pasar un día para ver al hijo de mis entrañas.

—¡A vuestro hijo! Miradle, allí lo tenéis.

Al ver á Benjamín, Catalina se vió atacada de un temblor febril.

—¡Benjamín!—dijo la señora Graslin.—Ven á abrazar á tu madre.

—¿Mi madre?—exclamó Benjamín sorprendido.

Y saltó al cuello de Catalina, que le estrechó contra su pecho con una fuerza salvaje. Pero el niño se desprendió de sus brazos y echó á correr, gritando:

—Voy á buscarlo.

La señora Graslin obligó á sentarse á Catalina, que desfallecía. En este momento, vió al señor Bonnet, y no pudo menos de ruborizarse al observar la penetrante mirada de su confesor, que leía en su corazón.

—Señor cura,—le dijo temblando,—espero que no tardará usted en casar á Catalina y á Ferrabesche. Este, desde su vuelta del presidio, se ha conducido como hombre honrado, posee la estimación de todo el país y no hay lugar en que puedan ustedes vivir más felices y considerados que en Montagnac. Dios mediante, aquí harán su fortuna, pues serán mis cortijeros. Ferrabesche goza de todos los derechos de ciudadano.

—Todo eso es cierto, hija mía,—dijo el cura.

En este momento llegó Farrabesche, arrastrado por su hijo, y permaneció mudo y pálido en presencia de Catalina y de la señora Graslin. Comprendía lo muy activa que había sido la bondad de la una y lo mucho que la otra debió sufrir para no haber venido. Verónica se fué acompañada del cura, que, por su parte, también deseaba verse á solas con ella. Tan pronto como se encontraron lo bastante lejos para no ser escuchados, el señor Bonnet miró fijamente á su penitenta, la cual bajó los ojos como una culpable.

—Usted degrada el bien,—le dijo severamente.

—¿Por qué?—preguntó ella levantando la cabeza.

—Porque el bien, señora, es tan superior al amor, como la humanidad es superior á la criatura,—repuso el señor Bonnet.—Todo esto no lo lleva usted á cabo arrastrada por la única fuerza de la virtud. Su benevolencia con Farrabesche y Catalina va acompañada de recuerdos y de miras que le quitan á usted el mérito á los ojos de Dios. Arránquese del corazón el dardo que ha clavado en él el espíritu del mal. No quite usted á sus acciones el valor que tienen. ¿No llegará, por fin, á conseguir usted esa santa ignorancia del bien que hace, que es la gracia suprema de las acciones humanas?

La señora Graslin se había vuelto á fin de enjugar sus ojos, cuyas lágrimas decían al cura que su palabra atacaba á algún lugar sangriento del corazón ó alguna llaga mal cerrada.

Farrabesche, Catalina y Benjamín fueron á dar las gracias á su bienhechora; pero ésta les hizo seña de que se alejasen y de que la dejaran sola con el señor Bonnet.

—Ya ve usted qué pena les causo,—dijo al verlos tristes y afligidos.

Y el cura, cuya alma era tierna, les hizo volver.

—Sean ustedes completamente felices,—les dijo Verónica;—aquí tiene la orden para que le devuelvan todos sus derechos de ciudadano y para que quede exento de las penalidades que le humillaban,—añadió tendiendo á Farrabesche un paquete de papeles.

Farrabesche besó respetuosamente la mano de Verónica y le dirigió una mirada tierna y sumisa á la par,



una de esas miradas parecidas á las que el perro dirige á su mano.

—Si Jaime ha sufrido, señora,—dijo Catalina cuyos ojos sonreían,—espero hacerle tan feliz como desgraciado ha sido hasta ahora; pues, á pesar del género de vida que ha hecho, nunca ha sido malo.

La señora Graslin volvió la cabeza conmovida al ver aquella familia feliz. El señor Bonnet la dejó para ir á la iglesia, adonde no tardó ella en ir cogida del brazo de Grossetete.

Después del almuerzo, todos asistieron á la inauguración de los trabajos, inauguración que fué presenciada también por los viejos de Montagnac. Desde la cuesta por donde se subía al castillo, el señor Grossetete y el cura Bonnet, en cuya compañía estaba Verónica, pudieron ver la disposición de los cuatro primeros caminos que se abrieron, y que sirvieron de depósito á los montones de piedra. Cinco cavadores amontonaban la tierra buena que había de servir para reemplazar los lugares vacíos que habían dejado las piedras. Detrás de ellos, dos hombres hacían agujeros y plantaban en ellos árboles. Esparcidos por toda la llanura, treinta indigentes sanos y robustos, veinte mujeres y cuarenta niñas ó niños, en total noventa personas, iban amontonando las piedras que iban sacando los obreros, á fin de saber el trabajo llevado á cabo por cada grupo de trabajadores. De este modo los trabajos se hacían con orden y rápidamente, y los obreros escogidos trabajaban con ardor. Grossetete prometió á Verónica remitirle árboles. Era indudable que los semilleros del castillo no bastarían para tan numerosas plantaciones. Al terminar el día tenía que verificarse una gran comida en el castillo. Farrabesche rogó á la señora Graslin que le concediese una audiencia.

—Señora,—le dijo presentándose con Catalina,—ha tenido usted la bondad de prometerme el cortijo del castillo. Al concederme semejante favor, vuestra intención es proporcionarme medios de hacer fortuna; pero Catalina tiene ciertos proyectos para el porvenir que viene á someteros. Si yo llego á hacer fortuna, no faltará quien me tenga envidia; habrá chismes y cuentos que yo he de temer y que, por otra parte, contribuirían

á tener siempre intranquila á Catalina; en una palabra, que no nos conviene frecuentar el mundo. Vengo, pues, á pedirle sencillamente que nos dé el terreno situado en la desembocadura del Gabou, con la pequeña porción del bosque de Roca-Viva. Para el mes de julio tendrá usted allí muchos obreros y será fácil construir una quinta en situación favorable. Nosotros seremos felices allí. Llamaré á mi lado á Guepin. Mi pobre compañero de cadena trabajará como un caballo, y buscaré medio de que contraiga matrimonio. Mi hijo no es holgazán, nadie vendrá á distraernos, colonizaremos aquel rincón de tierra, y nos dedicaremos á crearle allí una magnífica quinta. Por otra parte, vengo á proponerle para el puesto que usted me designaba á un primo de Catalina, que es rico y que será más capaz que yo para dirigir un cortijo tan considerable como el que quería confiarme. Si Dios quiere que usted salga airosa de su empresa, dentro de cinco años tendrá usted seis mil cabezas de ganado en la llanura que se cultiva actualmente, y necesitará de una buena cabeza que le administre los bienes.

La señora Graslin accedió á la petición de Farrabesche, haciendo justicia al buen sentido que la dictaba.

Desde la inauguración de los trabajos de la llanura, la vida de la señora Graslin adquirió la regularidad propia de la vida del campo. Por la mañana iba á oír misa, se ocupaba de su hijo, á quien idolatraba, é iba á ver á sus trabajadores. Después de la comida recibía á sus amigos de Montagnac en un pequeño saloncito situado en el primer piso. Enseñó á Roubaud y á Clousier á jugar al whist, pues Gerard ya lo sabía. Después de la partida, á eso de las nueve, cada uno se iba á su casa. Aquella apacible vida sólo fué turbada por los sorprendentes éxitos que iba adquiriendo la empresa comenzada. En el mes de julio, que estaba seco el torrente del Gabou, el señor Gerard se instaló en la casa del guarda. Farrabesche había empezado á construir ya la quinta del Gabou. Cincuenta albañiles, venidos de París, unieron las dos montañas por una pared de veinte pies de espesor y con cimientos de cemento que alcanzaban una profundidad de doce pies. Esta profundidad, que tenía unos sesenta pies de altura, iba disminuyendo

de modo que, en su parte superior, no tenía más de diez pies de anchura. Gerard unió á esta pared, por la parte del valle, un declive de cemento para que corriesen las aguas. Toda la obra de albañilería fué profundizada en ambas montañas hasta que se encontró toba ó granito, á fin de que el agua no encontrase salida por ningún lado. Esta barrera quedó terminada á mediados de agosto. Al mismo tiempo, Gerard hizo construir tres canales que habian de surtir de agua al valle. La quinta ó cortijo inmediato al castillo quedó también terminada. Los trabajos para el riego de la llanura, dirigidos por Fresquín, tenían que hacerse en el canal trazado por la naturaleza en la falda de la cordillera de las montañas, desde cuyo canal habian de partir los regueros que habian de distribuir las aguas destinadas al riego.

Todos los domingos, después de la misa, Verónica, el cura, el ingeniero, el médico y el alcalde, iban á contemplar el movimiento de las aguas. El invierno de 1833 á 1834 fué muy lluvioso. El agua de los tres manantiales, que habian sido dirigidos al depósito común, y el agua de las lluvias convirtieron el valle del Gabou en tres estanques, dispuestos de manera que quedasen siempre aguas de reserva para el caso de que hubiese algún año de sequía. En los lugares en que el valle era más ancho, Gerard había aprovechado algunos montículos para convertirlos en islas, en los que se plantaron árboles variados. Esta importante operación cambió por completo el aspecto del país; pero eran precisos cinco ó seis años para que pudiesen apreciarse sus hermosos resultados.

—El país estaba desnudo,—decía Farrabesche,—y la señora acaba de vestirlo.

Después que se operaron tan grandes cambios, Verónica recibía en toda la comarca el nombre de *la señora*. En el mes de julio de 1834, cuando cesaron las lluvias, se ensayaron los riegos de las praderas en que había tenido lugar ya la siembra, y con este alimento, no tardaron en verse allí prados tan hermosos como los de Suiza y los *marciti* de Italia. El sistema del riego, efectuado en la misma forma que se hace en Lombardía, humedecía por igual el terreno, cuya superficie se veía

tupida como la piel de un carnero. El nitró de las nieves, disuelto en las aguas, contribuyó mucho á mejorar la calidad de la hierba. El ingeniero esperó encontrar en los productos obtenidos allí mucha analogía con los de Suiza, para los que esta substancia es, como se sabe, un manantial inagotable de riqueza. Las plantaciones efectuadas en los bordes de los caminos, suficientemente humedecidas con el agua depositada en los hoyos de su pie, progresaron rápidamente. Así se concibe que en 1833, cinco años después de empezados los trabajos, la llanura inculta, que había sido juzgada infértil por veinte generaciones, estuviese verde y fuese muy productiva. Gerard había construido cinco quintas de mil fanegas cada una, sin contar el gran cortijo del castillo. La quinta de Gerard, la de Grossetete y la de Frasquín, que recibían el sobrante de las aguas de los dominios de la señora Graslin, fueron modificadas y regidas por el mismo método que las de la señora Graslin. Gerard construyó en su quinta un magnífico pabellón. Cuando todo quedó terminado, los habitantes de Montegnac, aconsejados por el alcalde, que presentó gustoso la dimisión, nombraron alcalde á Gerard.

En 1840, la salida del primer rebaño de bueyes enviado de Montegnac á los mercados de París fué celebrada con una fiesta campestre. Los cortijos de la llanura se dedicaban á la cría del ganado vacuno y caballar, pues con la depuración del terreno llegaron á encontrarse siete pulgadas de terreno vegetal que, con el abono que producían los excrementos del ganado, y, sobre todo, con el agua contenida en los estanques, debía ir en aumento constantemente. Aquel año la señora Graslin juzgó necesario procurar un preceptor á su hijo que tenía ya once años: no quería separarse de él, y al mismo tiempo quería hacer de él un hombre instruido. Al efecto, el señor Bonnet escribió al seminario. La señora Graslin escribía al mismo tiempo, por su parte, manifestándole sus deseos y preocupaciones, al señor Dutheil, que había sido nombrado recientemente arzobispo. La elección de un hombre que había de vivir nueve años en el castillo era asunto muy serio. Gerard se había ofrecido ya á enseñar las matemáticas á su amigo Francisco. Pero de todos modos no se podía prescindir de un pre-

ceptor, y la elección de éste preocupaba tanto más á la señora Graslin por cuanto que su salud estaba muy quebrantada. Cuanto más crecían las prosperidades de su querido Montegnac, más redoblaba Verónica las secretas austeridades de su vida. El señor Duthel le encontró el hombre deseado, enviándole de su diócesis un profesor de veinticinco años llamado Ruffin, un hombre que sentía una gran vocación por la enseñanza particular; sus conocimientos eran vastísimos; tenía un alma dotada de excesiva sensibilidad, pero que no carecía por eso de la severidad necesaria para educar á un niño; su piedad no dañaba para nada la ciencia, y, finalmente, estaba dotado de una gran paciencia y de un exterior agradable. «Hija mía, le envío una perla,—le escribía el prelado;—ese joven es digno de educar á un príncipe, y espero que asegurará usted su porvenir, ya que ha de ser el padre espiritual de su hijo».

El señor Ruffin fué tan simpático á los fieles amigos de la señora Graslin, que su llegada no influyó para nada en las diferentes intimidades de este ídolo, cuyas horas y momentos se disputaban todos con una especie de envidia.

El año 1843 Montegnac llegó á un grado de prosperidad mucho mayor de lo que se esperaba. La quinta del Gabou rivalizaba con las de la llanura, y la del castillo servía de modelo á las demás para implantar todo género de mejoras. Las cinco quintas restantes, cuya renta había de alcanzar doce años más tarde la suma de treinta mil francos cada una, daban á la sazón sesenta mil. Los cortijeros, que empezaban á recoger el fruto de sus sacrificios y los de la *señora*, iban mejorando sus prados, yendo á buscar semilla á los prados de las llanuras que daban mejores hierbas y que no temían nunca la sequía. La quinta del Gabou pagó fielmente cuatro mil francos de renta el primer año. Un hombre de Montegnac estableció una diligencia que iba y venía á Limoges todos los días. El sobrino del señor Clousier logró obtener un estudio de notario en su favor. El ayuntamiento nombró á Fresquin maestro del pueblo. El nuevo notario se construyó una bonita casa en el alto Montegnac, plantó moreras en los terrenos que dependían de ella, y fué nombrado teniente alcalde. El inge-

niero, animado con sus éxitos, concibió un proyecto que había de hacer colosal la fortuna de la señora Graslin, cuyas rentas quedaron aquel año libres del gravamen que pesaba sobre ellas con motivo del préstamo que hubo que hacer para empezar las obras. Gerard se proponía canalizar el río Gabou. Este canal, que debía ir á parar al río Vienne, permitiría explotar las veinte mil fanegas del inmenso bosque de Montegnac, que estaba admirablemente cuidado por Colorat, y que, por falta de medios de transporte, no daba beneficio alguno. De este bosque se podía cortar infinidad de madera de construcción, que sería transportada á Limoges por medio del canal. Tal era el proyecto de Graslin, que tampoco había escuchado los planes del cura relativos á la llanura, y que se preocupaba mucho de la canalización del río.

## CAPÍTULO V

### VERÓNICA EN LA TUMBA

Al principio del año siguiente, á pesar del buen aspecto de la señora Graslin, sus amigos observaron en ella los síntomas precursores de una muerte próxima. A las observaciones de Roubaud, á las ingeniosas preguntas de los más avisados, Verónica daba siempre la misma respuesta: «Me encuentro perfectamente». Pero en la primavera fué á visitar sus bosques, sus quintas y sus hermosas praderas, manifestando una alegría infantil que denotaba en ella tristes previsiones.

Como se viese precisado á levantar un pequeño muro de cemento desde el malecón del Gabou, á lo largo y en la parte baja de la colina llamada Correze, á Gerard se le ocurrió la idea de cercar el bosque de Montegnac y unirlo al parque. La señora Graslin señaló treinta mil francos anuales para esta obra, que exigiría por lo menos siete años de trabajos, pero que sustraería aquel hermoso bosque de los derechos que tiene el Estado sobre los bosques no cercados de los particulares. Los tres estanques del valle del Gabou quedarían de este